

1 EL SANTO COMPADRITO

DOI: 10.22199/S07198175.2015.0001.00001

José Miguel ARMENDÁRIZ AZCÁRATE

Recibido el 24 de noviembre de 2014. Aceptado el 2 de marzo de 2015.

RESUMEN

La paternidad humana viene a ser una participación de la de Dios, del cual “procede toda paternidad en los cielos y en la tierra” (*Ef 3, 15*). Don Antonio Rendic no tuvo hijos carnales, pero fue recompensado con una multitud de hijos de su espíritu. Sus testimonios son muy reveladores, lo llaman el “compadrito” y le piden favores. ¿Quién es este doctor y poeta que vivió y murió con fama de santidad? ¿Por qué la Iglesia ha abierto su proceso de beatificación y hoy se le invoca como siervo de Dios? Poner el corazón donde está la miseria humana –por amor a Jesucristo–, curar a los enfermos de cuerpo y alma, restañar las heridas de la existencia, son ejemplos del sello de este médico de los pobres. Tras su partida, el Dr. Rendic demuestra ser un extraordinario intercesor. Por eso, dar a conocer su vida es un acto de misericordia para con las nuevas generaciones.

Palabras clave: Caridad, Intercesor, Paternidad, Pobres, Doctor Antonio Rendic.

THE HOLY BUDDY

ABSTRACT

Human paternity makes up a participation of God’s paternity, from which “every family in heaven and on earth comes” (*Eph 3, 15*). Dr. Antonio Rendic did not have any children, but he was awarded with a number of sons in his spirit. Their testimonies are very revealing. They call him the “holy buddy” and ask him for favors. Who is this doctor and poet who lived and died surrounded by a reputation of sanctity? Why has the Church opened his beatification process and is now invoked as a servant of God? Putting the heart where there is human misery –for Jesus Christ’s sake–, curing the sick in body and soul, and healing the wounds of existence are the seal of this doctor of the poor. After his death, Dr. Rendic proved to be an extraordinary advocator. Therefore, letting other know about his life is an act of mercy to the new generations.

Key words: Charity, Intercessor, Paternity, Poor, Dr. Antonio Rendic.

Una noche, al final de otra extenuante jornada, don Antonio Rendic se había desplazado hasta la Población Miramar para atender a una señora mayor, y volvía de madrugada a su residencia, descendiendo a pie hacia el plano de la ciudad de Antofagasta.

“Cuando llegué a la línea del ferrocarril –contaba–, me salieron dos hombres, uno por delante y otro por detrás, a pedirme que les diera un fosforito. Les dije: ‘Miren, no tengo más que el reloj y esta lapicera. Soy fulano de tal y vengo de ver a un enfermo; ni siquiera he ganado un centavo, así que por ese lado nada van a lograr. Aquí está el reloj y aquí está la lapicera’. Entonces uno de ellos se agachó y me miró diciéndome: ‘Si es el compadre, acompañemos al compadre, hombre; no le hagamos nada al compadre!’”. Y ellos, entre desconcertados y arrepentidos, terminaron escoltándolo hasta su domicilio.

La anécdota se la debemos al profesor Ivo Pavlov (Cfr. Armendáriz 120-121). Tal era la ascendencia del doctor sobre las personas, que en esa ocasión inclusive logró inhibir al par de lanzas que, amparados en la oscuridad, intentaron robarle sus escasas pertenencias.

Compadre, el compadre Antonio, el compadrito Rendic. *Cum-Patre*, con-Padre. Padre es el nombre propio de la Primera Persona de la Santísima Trinidad: Dios Padre, Paternidad subsistente (Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 198). Ningún otro merece este nombre en el sentido más pleno y perfecto, según las palabras del mismo Jesucristo: “a nadie llaméis padre nuestro sobre la tierra, porque sólo uno es vuestro Padre, el celestial” (Mt 23, 9).

Pero el Señor ha querido reflejar su paternidad, concediéndola a sus criaturas en diversos órdenes y modos. Y gracias a esta generosidad, la filiación humana es camino para vivir la filiación divina. Dios concedió ese don en abundancia al Dr. Rendic.

La paternidad de la tierra viene a ser una participación y un reflejo de la de Dios, del cual “procede toda paternidad en los cielos y en la tierra” (*Ef* 3, 15.), comenzando por la de nuestros padres en la tierra. “Ellos nos dieron la vida, y de ellos se sirvió el Altísimo para comunicarnos el alma y el entendimiento –enseña el *Catecismo Romano*–. Ellos nos instruyeron en la religión, en el trato humano y en la vida civil, y nos enseñaron a llevar una conducta íntegra y santa” (III, 5, 9).

Don Antonio no pudo tener hijos carnales, pero el Señor lo recompensó con una multitud de hijos de su espíritu. Y que se reconocen como tales.

Vox populi... vox Dei, la voz del pueblo es, en definitiva, la voz de Dios. La gente, cuando no está interferida, normalmente tiene la razón, es certera en su juicio.

En junio de 2010, se abrió un libro de firmas en la Catedral de Antofagasta, para que sus habitantes pudieran dar a conocer por escrito su experiencia acerca de don Antonio. Los fieles descubrían la imagen del Dr. Rendic a la izquierda de la nave principal y no pocos comenzaron a dejar –y continúan dejando– sus testimonios. Examinemos los correspondientes a los dos primeros meses. Impresionan profundamente. Son muy reveladores.

En el de Luis Quiroz se lee: “Gracias Doctor Rendic porque Dios te eligió para que fueras el médico de los pobres y desposeídos y el compadrino de los humildes. Doy gracias a Dios por haberte tenido en nuestra ciudad” (Libro de testimonios, 1-VIII-10, p. 58).

La señora I. Domínguez también quiso saldar su deuda: “Querido Dr. Rendic. No tengo palabras para agradecerte que salvaras a Patricia, mi hija mayor de 11 meses. Otro médico le dijo que no viviría y la tapó para que muriera. Mi madre me pidió que llamara al Dr. Rendic. Él llegó a verla. Dejó instrucciones para toda la noche. Eran inyecciones. La enfermera venía y se la colocaba cada 3 horas. El Dr. Rendic dijo que sí amanecía lo llamáramos. La niña despertó feliz al día siguiente. Vino el Dr. y la besaba y la tomaba en brazos, felices los dos. Me emociono de sólo recordarlo. Mi hija vive gracias a Dios y al Dr. Rendic. Cómo no amarlo si él es grandioso y bendito seas por siempre en compañía de Dios en el cielo. Gracias Dr. Rendic. Una madre agradecida” (*Ibid.*, 23-VII-10, p. 36).

1. “Dejad que los niños vengan a mí”

Jesucristo encareció a sus discípulos que no impidieran a los niños acercarse hasta Él (Cfr. *Lc* 18, 16). En otra oportunidad, llamando el Señor a un menor, lo puso en medio de ellos, y les dijo: “cualquiera que recibe en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe” (*Mt* 18, 5). Que esto fue una constante en la vida del Dr. Rendic, lo confirman múltiples testimonios: “Lo conocí muchos años atrás, y sé que tiene un alma maravillosa. Con qué amor atendía a los niños. Sé que el Señor lo tiene en su Santo Reino y sé que él es uno de los elegidos de Nuestro Padre Celestial porque este Dr. dio tanto amor a mucha gente. Él está junto al Creador del cielo y de la tierra y a su Hijo Jesucristo. Amén” (Testimonios, 4-VIII-10, p. 73).

Horacio Marín y su mujer Luisa Becerra, manifiestan por escrito su agradecimiento por “habernos cuidado y atendido a nuestros hijos en muchas oportunidades. Damos fe por su amor a los niños. Dios ha de tenerlo en su Reino cuidando a todos sus ángeles. (...) Nuestros hijos actualmente cuentan con 51 y 50 años y tienen muchos

recuerdos de sus atenciones. Cariñosamente como él los llamaba Juanito y comadrita. Algún día lo veremos en los altares” (*Ibid.*, 5-VIII-10, p. 78).

“Te conocí desde niño –indica un sexto testigo–. Sé de tu gran obra sobre la tierra y sé que desde el Cielo nos estás mirando y bendiciendo en nombre de Dios. Perdóname mi amigo porque yo soy tu amigo y hubiera querido ser como fue Ud., Dr. Rendic, poeta y hombre de nuestra querida 3ra Cía. de Bomberos” (*Ibid.*, 6-VIII-10, p. 81).

Cristo promete la felicidad eterna del cielo a quienes cumplen la Voluntad de Dios: “bien, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco entra en el gozo de tu Señor” (*Mt 25, 21*); a quienes dejan todas las cosas por El (Cfr. *Mt 19, 29*); a los que se hacen humildes como niños (Cfr. *Mt 18, 3*); en fin, a quienes atienden a los desvalidos, “mis hermanos más pequeños”.

“Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria y acompañado de todos sus ángeles, se sentará entonces en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las gentes; y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos” (*Mt 25, 31-32*).

El Señor restablecerá la justicia y, fruto de su misericordia, invitará al Reino de los Cielos a aquellos que lo supieron acoger en la tierra: “tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme” (*Mt 25, 35-37*). A la pregunta de los justos por el momento en que prestaron esos servicios, Jesucristo responde: “en verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt 25, 40*).

Hay un juicio particular para cada mortal –habrá uno final para todos los mortales–, y existe el cielo, el purgatorio y el infierno. A ese revés sin fin de la trama terrena, aludió el propio Dr.:

Unos van tristes, cabizbajos y con las manos vacías. Gozaron de los placeres materiales, pero nada hicieron en bien de los demás. Vivieron para sí mismos y se olvidaron de los que sufren y nada tienen; otros van alegres y confiados, con la sonrisa en la boca y un hatillo de buenas obras bajo el brazo. Ellos vistieron al desnudo, dieron de comer al hambriento y consolaron a los pobres y a los que lloran (Por distintos caminos, 1979) (Armendáriz 152).

“¿Cómo puedo hoy encontrar las llagas de Jesús? –se interroga el Papa Francisco en una de sus homilías y responde:– Yo no las puedo ver como las vio Tomás. Las llagas de Jesús las encuentro haciendo obras de misericordia. Esas son las llagas de Jesús hoy” (*Homilía en Santa Marta*).

Otros dos testimonios abundan en la misericordia de don Antonio: El primero: “Sólo tú y Dios saben lo que estoy pasando. Gracias doctor por hacer tantas cosas buenas y haber visto tantas gentes enfermas y tú con tu amor los atendías gratis. En verdad tú eres un santo” (Testimonios, 5-VIII-12, p. 79).

El segundo, elocuente por su concisión: “Dr. Rendic. Gracias por todo lo que te he pedido” (*Idem.*).

Don Antonio despertaba y despierta una confianza absoluta. Cada vez son más los que ponen en sus manos sus preocupaciones con la seguridad de que serán atendidos. La siguiente súplica lo deja en la evidencia: “Te quiero pedir especialmente por la salud de Alejandro Zúñiga Rodríguez. Lo dejo a cargo de tu bendita bondad. Gracias por escuchar a los pobres” (*Ibid.*, 6-VIII-10, p. 83).

2. Siervo de Dios

Pero ¿quién fue, quién es, este médico de los pobres que vivió y murió con fama de santidad? ¿Qué razones hay para que la Iglesia

haya abierto su proceso de beatificación y hoy lo invoquemos como siervo de Dios?

Retrocedamos a finales del siglo XIX. Bajo la monarquía austro-húngara, nace Antonio Rendic Ivanovic el 2 de diciembre de 1896, en el pueblo de Sutivan, isla de Brac, Dalmacia, Región de Croacia, la ex Yugoslavia. Es el segundo hijo del matrimonio de Jorge Rendic Yutronic y de Magdalena Ivanovic Didak. Sus hermanos son Mateo y Cayetano.

Tenía tres años cuando sus padres decidieron dejar atrás el enfrentamiento étnico, que ensangrentaba la región de los Balcanes, y emigrar a Chile en busca de mejor suerte. Atraídos por las riquezas salitreras, se radicaron en Antofagasta.

Antonio hizo sus estudios preparatorios en el Colegio Inglés y en el Instituto Comercial hasta 1908. Durante esos años, que fueron duros para la familia, sufrió su primer dolor juvenil al alejarse de los suyos y partir a terminar sus Humanidades en el Liceo de Copiapó. Pudo hacerlo gracias a becas que le otorgaron por su buena disposición para el estudio y su trabajo como inspector del establecimiento.

Estando interno en Copiapó, murió su madre. De esa gran pena no se olvidaría nunca, como tampoco de que, muy pronto, fallecerían su padre y uno de sus hermanos. La familia quedó reducida a dos.

Siguió la carrera de Medicina en la Universidad de Chile, graduándose en 1921 como el mejor egresado de la promoción. Cuando estaba en quinto año ya tenía hecha la memoria, "Abortos y anticoncepcionales", la que aprobó brillantemente en 1920. Rendic no muestra asomo de duda al subrayar que el aborto va contra ley natural: ¡No matar! Así, de esta manera cuando está a las puertas de ejercer la medicina, despliega una meditación final para coronar su ejercicio académico. Es un canto a la vida:

“Dejando de lado las consecuencias funestas que el aborto puede traer a la madre (hemorragias que pueden llevarla a la muerte, metritis, cepticemias, etc.), quiero que mi modesto trabajo sirva como un llamado fraternal a mis compañeros de medicina, cosa que, en su vida profesional, sean sus palabras ilustradas y convincentes la más sabia lección que instruya a nuestras mujeres sobre el alto papel que la naturaleza les ha designado. El aborto, exponente manifiesto de una corrupción moral, no tiende a otro fin que menoscabar las poblaciones. Es preciso que tanto las autoridades como los médicos, influyan, en cuanto sea posible, porque este desgraciado mal no cunda!... Y para llevar a cabo, siquiera en parte, esta acción noble y humanitaria, propongo a mis compañeros a que, por intermedio de la prensa o mediante conferencias especiales, llamemos la atención sobre el peligro que significa el aborto para la sociedad, y divulguemos las graves consecuencias que puede traer a las desgraciadas que destruyen el fruto de sus amores!” (Rendich, ctd en Armendáriz 59-60).

A la semana de obtener su título profesional, el flamante galeno regresó a Antofagasta para ejercer la medicina, entendiéndola como “uno de los caminos que nos llevan a servir para alcanzar el corazón de todos” (*Idem.*).

Entre ceja y ceja llevaba el proverbial Juramento de Hipócrates (médico griego del siglo V a. C.): “Juro por Apolo médico, por Esculapio, Higiá y Panacea, por todos los dioses y todas las diosas, tomándolos como testigos, cumplir fielmente, según mi leal saber y entender, este juramento y compromiso” (<http://es.wikipedia.org/wiki/Juramento.hipocrático>). Debidamente pasado por la pila bautismal, Rendich hace suyo el juramento y empeña su palabra: “Jamás daré a nadie medicamento mortal, por mucho que me soliciten, ni tomaré iniciativa alguna de este tipo; tampoco administraré abortivo a

mujer alguna. Por el contrario, viviré y practicaré mi arte de forma santa y pura” (*Idem.*).

Con el tiempo vendría el reconocimiento unánime. Johana Rivera lo ha testimoniado recientemente: “Gracias por enseñarnos a nosotros los profesionales que Dios nos ha dado sus dones no tan sólo para poder ser personas. (...) Esos dones están para servir a quienes nos necesitan. Dr., dame fuerzas para seguir tu ejemplo sin importar las recompensas. Que Dios lo bendiga siempre” (Testimonios, 16-VIII-10, p. 106).

3. “A un hombre bueno”

El Dr. Rendic había conocido en la ciudad de Copiapó a quien sería su esposa, la chilena de origen británico, Amy Jenkin Richards. Luego de nueve años de pololeo, contrajeron matrimonio en 1922.

Aunque madrugaba, el día se le hacía corto para curar al prójimo. A las 6 rezaba el primer rosario con su mujer y las oraciones de la mañana. A las 7, ya estaba atendiendo a los pacientes, que hacían fila en la esquina de Latorre y Maipú, su casa. Más de cuarenta por jornada. Asistía a Misa todos los días.

En Antofagasta, comenzaba a ser una figura tradicional y admirada. Como cada mañana, Mario Volta iba rumbo a su trabajo entre las 7 y 8 hrs. y allí aguardaban las señoras con sus guaguas y niñitos parados en la calle. Pero aquel día de 1982, su curiosidad pudo más y se acercó a indagar de qué se trataba. Una de las madres satisfizo su interés: “Nosotras somos gente pobre, y aquí vive el doctor Rendic que nos atiende gratis. Incluso nos da los medicamentos y, a veces, cuando no tenemos para el pasaje de vuelta, él nos da el dinero”. Volta se emocionó y puso por escrito su marcada impresión en los versos que siguen, “A un hombre bueno”:

Hay una casa en mi ciudad
que yo la llamo del amor,
porque en ella vive un hombre
de profesión doctor.
Es el único que con amor
atiende a la gente humilde,
sin cobrar sus honorarios
y esto parece increíble.
Yo les pregunto a sus colegas
si alguno podrá imitarlo,
ya que sobre sus hombros
pesan ya muchos años.
Y si esto no sucediera
¿qué pasará con sus pacientes
el día que él se vaya
y los deje para siempre?
¡Cuánta gente llora!
por este hombre diferente,
que con tanto amor y cariño
atiende a sus pacientes.
Quiero rendir mi homenaje
con mucho respeto y cariño
a este hombre noble
protector de los niños
(Armendáriz 91-92).

“El verdadero desprendimiento lleva a ser muy generosos con Dios y con nuestros hermanos; a moverse, a buscar recursos, a gastarse para ayudar a quienes pasan necesidad –decía San Josemaría Escrivá de Balaguer–. No puede un cristiano conformarse con un trabajo que le permita ganar lo suficiente para vivir él y los suyos: su grandeza de corazón le impulsará a arrimar el hombro para sostener a

los demás, por un motivo de caridad, y por un motivo de justifica” (Escrivá de Balaguer n. 126).

Amén de caritativo, don Antonio fue en primer lugar un profesional de la medicina serio, responsable. Trabajaba mucho y trabajaba bien. No se dormía sobre los laureles, seguía estudiando hasta el final.

Su diagnóstico era certero. Entre los testimonios más recientes, el de Susana Yoma también refiere que el Dr. Rendic tenía un aguzado ojo clínico (recordemos el agradecimiento de la Sra. Domínguez): “De pequeña me atendiste, en mis peores momentos también fuiste tú mi bálsamo de sanación. Te agradezco escuches mis súplicas y derrames sobre mí la sanación que año tras año estoy teniendo. A los 18 años fui diagnosticada de esquizofrenia y tú fuiste el único que no se equivocó en el diagnóstico, ya que calmaste las angustias de mis padres al decirles que eran simples nervios. Y así fue. Con el tiempo y bajo tu amparo de gran sabiduría, me libré de tomar 8 años remedios, lo que hizo cambiar el diagnóstico y cumplirse, como tú habías dicho, que sería pasajera mi enfermedad” (Testimonios, 7-VIII-2010, p. 86).

4. Todas las periferias

Cabe reparar no sólo en su trato respetuoso y digno, sino también en su calidez y preocupación por la calidad de vida de los demás, su formación moral y espiritual. “A veces –señala Luis Gustavo González, ex director del Departamento de Acción Social del Arzobispado de Antofagasta–, don Antonio me llamaba para ‘completar’ lo que él consideraba su atención: un colchón para una guagua y la leche para los medicamentos; el trámite para una madre soltera o el trabajo para el esposo cesante; los cuadernos para un niño y la palabra orientadora para el joven desalentado, etc.” (Armendáriz 101).

Los pobres eran su gran debilidad. Ya estuviesen enfermos, ya sanos. El ex regidor Ramón Llarás Barrios declara que “el compadrito Rendic siempre estuvo presente en los momentos difíciles que afectaron a los residentes de las poblaciones obreras” (*Ibid* 101-102).

Viene a propósito, lo que el Papa Francisco escribe en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, la alegría del Evangelio: “La peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra (...). La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria” (n. 200).

Don Antonio no paraba un segundo. Gustosamente se excedía, traspasando con creces los límites de la medicina. Y sin hacer alardes. El ex senador Jonás Gómez Gallo escribió que Rendic aparecía espontáneo en la casa de sus amigos en las horas aciagas y de quebranto, a la vez que se rehacía en los momentos de plenitud. “A la muerte de uno de ellos (...) le vi llegar todas las mañanas sin faltar ninguna, a la casa de sus hijos para verlos partir a la escuela y conversar con ellos en su papel de padre espiritual que tuvo siempre a bien asumir, porque así le nació hacerlo, porque así era él... porque así fue con todos” (Armendáriz 116).

Y no se prodigaba en exclusiva con un sector social. En cada persona veía a un hermano al que acompañar y sostener. Acudía a todas las periferias. Mario Gutiérrez quiso expresar su agradecimiento “a quien en vida fuera un santo asistiendo a todos los que le solicitaban su ayuda, no solamente a los pobres, sino que a todos los necesitados de su atención” (Testimonios, 9-VIII-10, p. 85).

Y es que, como también precisa el Papa Francisco, “¡el Evangelio es para todos! Esto de ir a los pobres no significa que tengamos que

hacernos ‘pauperistas’ o una especie de ‘mendigos espirituales’. No, no, no significa esto. Significa que hemos de ir hacia la carne de Jesús que sufre; pero también sufre la carne de Jesús en aquellos que no le conocen con su estudio, con su inteligencia, con su cultura. ¡Debemos ir allí! Por eso me gusta usar la expresión ‘ir a las periferias’, las periferias existenciales. A todos, a todos ellos, desde la pobreza física y real a la pobreza intelectual, que es real también. Todas las periferias, todos los cruces de caminos: ir ahí. Y ahí sembrar la semilla del Evangelio con la palabra y con el testimonio” (*Discurso a la Asamblea diocesana de Roma*).

5. Voz de los sin voz

A don Antonio, su temperamento conciliador no le impedía dar la pelea en aquellos asuntos que consideraba de bien público. Teniendo muy en cuenta los expedientes y fichas de sus enfermos, fue, por ejemplo, el primero en denunciar la presencia de arsénico en el agua antofagastina. Advertía manchas blancas en la piel de sus pacientes y otras nefastas consecuencias en los cuadros complicados de arsenicismo. Antes había indagado, cerciorándose de que, efectivamente, ésta era la causa de los trastornos.

“Vimos entonces tronar al hombre silencioso”, apunta Gómez Gallo. “Algo indomable, sacó su voz ronca y clara en defensa del pueblo” (Armendáriz 116). Planteó la gravedad del hecho ante la Dirección de Salud. No le hicieron caso. Habló con el intendente. Envío una muestra de agua a Buenos Aires para que otros especialistas la examinaran, y nuevamente estos análisis confirmaron la presencia del arsénico. Juzgó necesario escribir sobre el problema. “Total que sus advertencias le costaron una de malos ratos tremendos –comenta su sobrina nieta Amy Ilijic–. El Colegio Médico lo amonestó, amena-

zándolo con quitarle el título si continuaba con su campaña” (*Ibid.* 116-117).

Pero, más allá de los sinsabores que tuvo que pasar, creó conciencia pública respecto a ese flagelo y el tiempo le dio la razón. “¡El Dr. Rendic ganó la pelea!”, titula en primera plana *La Estrella del Norte*, el 28 de noviembre de 1968. “Sus colegas lo recibirán en triunfo”, “Le piden lecciones sobre arsenicismo” (*Ibid.* 117), agrega el diario en las bajadas de la información. Rendic fue invitado a esclarecer las exactas consecuencias patológicas que el fenómeno estaba produciendo en la población, especialmente en los niños.

Aquella no fue la única tirantez que, muy a su pesar, se produjo con el Colegio Médico. A finales de los sesenta, se rumoreaba que sería expulsado de la orden profesional por no acatar las políticas de honorarios. “El doctor no hacía caso porque sus cobros eran ínfimos, absolutamente alcanzables por los pacientes de escasos recursos que repletaban su consulta” (*Ibid.* 118).

Deus cui propium est misereri semper et parcere, Dios de quien es propio tener misericordia y perdonar, reza la antigua *Letanía de los Santos*. Poner el corazón donde está la miseria humana, saber perdonar, fueron y son también el sello del médico de los pobres.

6. Gran amor de Dios

“Todo lo bueno que recordamos de este hombre tiene su razón de ser”, estima María de Cuchacovich, y, para determinarla, inquiere: “¿Qué le hacía tan bondadoso, tan paciente, tan sabio? ¡Tan querido por todos! Hay una sola explicación –dice con total convencimiento–: ¡Tenía a Dios como compañero de ruta! Vivía en constante presencia de su Creador. Su corazón estaba colmado de ardiente amor

al Padre Dios. Y este amor era la respuesta al gran amor que Dios tenía para él” (*Ibid.* 102).

Un amor unilateral es estéril, solamente un amor correspondido resulta fecundo. “Por esto –agrega la viuda del doctor Cuchacovich– don Antonio bebía en las fuentes que le daban su constancia amorosa: el Evangelio y la Eucaristía. Toda su vida alimentaba su fe y su amor en el encuentro amoroso con Jesús sacramentado” (*Idem.*).

Según cuenta ella, “alguien decía: este amor de Dios a Antonio y el amor de él a Dios eran como un motor, y su apostolado, la misión de médico, como la válvula de escape” (*Ibid.* 103).

El Papa Francisco apunta al factor diferenciador de ese gran amor de Dios que movía a don Antonio: “No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo” (*Evangelii gaudium*, n. 266).

7. Ivo Serge

“Solitario poeta, pero, invisiblemente, en su torno giran cientos y miles de seres que lo saben su Hermano en la Sagrada Tarea de la Solidaridad del Cuerpo y del Alma”, dice de él Andrés Sabella, gran amigo suyo. Porque “cuando receta parece firmar un soneto de ternura y cuando firma un poema es como si nos aconsejara trescientos gramos cotidianos de Sol adentro de las sienes” (Armendáriz 118).

Bajo el seudónimo de Ivo Serge, Juan Sergio –nombres escogidos para honrar la memoria de dos sobrinos que mueren a edad tem-

prana-, el doctor escribió cuarenta y tantos libros de poesía. Desde los dieciocho años, cuando compuso el primero para la mujer de su vida, Amy Jenkin.

Alguien –con las iniciales C. S.– examina y sentencia: “Son versos de cristal, donde tiemblan sus más íntimas esencias. Ahí muestra su amor al Norte, a su pueblo. En sus poemas se puede conocer su alma de océano, poderosa como la pampa misma” (*Ibid.* 134).

Y el Cardenal Carlos Oviedo destacó: “Ivo Serge fue un articulista de gran nobleza por lo que trataba, en forma expresiva, comprensible para todos. Era un pensador de la vida cotidiana, a la que daba altura, optimismo y generosidad. La vida de Antofagasta se ennoblecía con esas breves líneas de cada día” (*Ibid.* 135).

El Mercurio regional publicaba cada domingo un artículo de Serge. El ahora sacerdote Marcelo Pizarro Velásquez no conocía al Dr. Rendic. Sólo estaba familiarizado con los escritos que le leía en el diario. Como a los dieciséis años tomó conciencia de su alcance. “Esos articulitos me producían un bien enorme –recuerda-, pues me encantaban por su piedad. Se advertía en ellos un gran amor a Dios. Tenía la impresión de que quien los escribía era un enamorado de Jesucristo, un místico. Eran muy simples y breves. Aludían a cosas sencillas, como las puestas de sol, las plantas o flores, la vida o el corazón. Pero también a la cruz y al acto redentor, a la sangre de Jesús” (*Ibid.* 140).

Ivo Serge no fallaba a su compromiso de cada semana. Sus vuelos poéticos fueron siempre compatibles con su arraigado sentido del deber. En abril del 1989 –tenía 93 años– debió operarse de la vesícula y, antes de internarse en la Clínica Antofagasta, dejó tres poemas para las tres semanas siguientes, justo el tiempo que –hasta donde podía preverse– tardaría su convalecencia.

Redactaba a mano sus artículos. Mucha gente los recopilaba, y luego fueron publicados en libros, algunos traducidos al inglés, alemán y serbocroata.

“De noche creaba sus poemas, pues era de un dormir escaso. Sólo cinco horas diarias” (*Ibid.* 136), apunta su sobrina nieta. Las musas se dejaban caer, inundaban su espíritu, y las manos se le iban al blanco papel.

*Un soneto, un sonetín
voy construyendo de prisa
con un poquito de risa
y otro poquito de esprit.
Y qué fácil es construir,
si la pluma se desliza
entre sonrisa y sonrisa,
versos que hacen reír.
¡Es muy fácil! Y al final,
cuando el soneto ya está
para la última lanzada,
rematarlo, sin demora,
con la puntada sonora
de una alegre carcajada
(Música de grillos, 1959)
(*Ibid.* 136).*

Sus poemas surgen de una conciencia de amor, en la que no falta la protesta social. En *Siembra de otoño*, libro editado en 1953, Ivo Serge rasga vestiduras frente a una serie de pecados sociales que claman al cielo:

*Labriego, labriego triste
que enyugas para el patrón,*

*moja, remoja la tierra
con tu sangre y tu sudor
(Espigas) (Ibid. 142).*

*Muele que muele, molino,
muele que muele no más,
¡que de la harina que entregues
no ha de comer el gañán!
(Molino) (Idem.).*

*Y cuida, protege las parras
con todo tu corazón.
Abónalas con tu sangre;
riégalas con tu sudor.
Pero el vino será de otros,
¡de los que paguen mejor!
(Ya están pintando) (Idem.).*

Con estas incansables denuncias, buscaba “rimar la utopía de un mundo nuevo y mejor” (*Ibid.* 143), al decir otra vez de Sabella.

8. *Homo hominis lupus*

Su preocupación por la enfermedad y prematura muerte del desvalido igualmente le arrancaban palabras. Con su experiencia médica a cuestas, en *Tierra de punas, riscos y salares* (1967), el envenenamiento que produce el manganeso se transforma en lacerantes estrofas:

*El chuzo desgarrar el vientre
del monte. Se cubre el suelo
de colpas negras. Y el polvo,
flotando en el aire seco,
se introduce en los pulmones*

*y los araña por dentro.
 A poco, empieza el temblor
 y el juicio se va perdiendo.
 Luego, la noche y las sombras.
 Y en la mina... un hombre menos.
 Temblor, espasmos, sicosis;
 mirada extrávida, accesos
 de furia. Amnesia... Y allá en el fondo,
 las manchas de manganeso (Idem.).*

Homo hominis lupus; el hombre es un lobo para el hombre, tituló una colaboración publicada en 1979: “El mundo avanza y progresa científicamente. Convertimos los metales en oro y podemos destruirlo todo con una sola bomba de hidrógeno. Pero el alma se va quedando rezagada, cada vez más pobre en virtudes. Endurecida por el materialismo, ha perdido el oro de la bondad y el venero del amor, desgraciadamente.

“¿De qué nos sirven las riquezas, las comodidades y el lujo, si empobrecemos cada día más en comprensión, caridad y tolerancia? Si nos miramos como enemigos y nos destruimos mutuamente, ¿a qué los rascacielos, los viajes siderales y los grandes descubrimientos?

“El mundo necesita amor, amor y más amor, que lo demás vendrá por añadidura, porque, por mucho que progreseemos en lo material y lo científico, sólo él podrá traernos la paz que tanto necesitamos” (*Ibid.* 150).

¿De dónde se nutren los versos de Ivo Serge? Su fuente de inspiración salta a la vista. Por lo demás, él la reconoce, y *a confesión de partes, relevo de pruebas*:

Jamás lo olvidaré. Ese domingo –en la misa– las palabras del Evangelio caían en mi corazón con la frescura del rocío. Y me sentí bueno, limpio de

toda mancha y capaz de amar, servir y perdonar como lo expresa el Señor en el relato del hijo pródigo.

Cuando salí del templo era otro hombre. Todo me sonreía y todo me parecía mejor: el sol más radiante, el aire más puro y las flores más frescas y perfumadas.

Desde ese día mi vida fue más apacible y llena de esperanza. Ninguna sombra en mi porvenir, ningún obstáculo: no hay duda que Dios me había tocado con la varita mágica de su parábola (Hijo pródigo, 1988) (Ibid. 163).

Y, cuando a pesar del encendimiento, declinan las energías, se expanden las sombras de la noche y se duda, una probada prescripción:

Si estás decaído, mira a los ojos del Crucificado y ellos te darán fuerza; si has perdido la esperanza, observa los hierros de sus manos y la recuperarás en seguida; y si has manchado tu corazón, moja los dedos en la sangre de sus llagas y te sentirás limpio y puro como el recién nacido (Idem.).

“Rimando entre enfermo y enfermo –habitualmente cuarenta por día–, sus libros van a sus amigos como delicadas recetas” (Ibid. 188), observa Sabella.

9. Caballero del Ancla

Antonio Rendic alcanzó las más altas cumbres del Norte Grande. “Que satisfecho me hallaría si, antes de cerrar los ojos para siempre, pudiera balbucir: ‘Señor, ya nada me queda por dar... lo he dado todo’”. Y es de justicia decirlo: el doctor y poeta heroicamente luchó para conseguirlo y Dios atendió sus súplicas.

Con toda razón, la ciudad le rendía homenaje en vida. Sus caminatas equivalían a tener que sacarse y ponerse el sombrero casi hasta el infinito. A lo largo de cada vereda, saludaba, lo saludaban; repartía

amabilidades, respondía a los parabienes. Era un ejercicio interminable de cordialidad y simpatía. Qué bien calzan con don Antonio estas palabras del Papa Francisco: “Ser discípulo (del Señor) es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino” (*Evangelii gaudium*, n. 127).

Entre otros múltiples premios y reconocimientos, la Municipalidad de Antofagasta estrenó con el Dr. Rendic en 1953 su máxima distinción, el Ancla de Oro, por su vida de servicio a las clases desposeídas, destacando los veinte libros que había publicado hasta esa fecha. Él y Andrés Sabella fueron investidos primeros Caballeros del Ancla.

Pero el Dr. Rendic no conocía el orgullo ni la vanidad. Por sus admirables méritos de cristiano, el Santo Padre Pablo VI lo investió Caballero Comendador de la Orden de San Silvestre Papa, en octubre de 1963. Durante la ceremonia de entrega de la condecoración pontificia, mientras escucha los más que justificados discursos laudatorios, don Antonio concentra su atención en el recuerdo de “alguien a quien no pude salvar. Y sufrí. Era una pequeña tuberculosa de dieciséis años que no quería morir y me imploraba que le devolviera la vida. Aquellos ojos angustiados me llegaron tan dentro del espíritu, que no les olvidé jamás... Entonces, mentalmente, recé por ella” (Armendáriz 183).

“Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso”, dice el Señor (*Lc 6, 36*).

10. *Vox populi... vox Dei*

Exprimido como un limón, don Antonio falleció el sábado 13 de febrero de 1993, la víspera del día de la ciudad, Día también de los Enamorados.

“Se despobló Antofagasta para decir adiós al Médico de los Pobres” (*Ibid.* 32), consignaría *El Mercurio*. Quedaba en la evidencia que, la buena mano y el gran corazón del inolvidable compadrito Rendic habían conquistado a los habitantes de la región.

Las gentes atesoraban esos noventa y tres largos y fructíferos años transcurridos desde el arribo del niño croata al Muelle de Pasajeros hasta su muerte santa y funeral nunca antes ni después visto en la Perla del Norte, cuando sus gentes se volcaron para despedir al Caballero del Ancla que recibía la condecoración eterna.

Pocos días antes, el ex diputado Juan Floreal Recabarren había visto cómo “su rostro irradiaba la ternura de un santo”. El ex senador Jonás Gómez asegura: “Era recto el doctor como ninguno”. El ex concejal Antonio Ilic: “Los que lo conocimos, alternamos con un hombre santo”. Y el ex alcalde Pedro Araya proclama: “Tenemos un santo antofagastino en el Cielo” (*Ibid.* 38).

Vox populi... vox Dei. Los testimonios de los diferentes prelados que ha tenido la ciudad, unánimemente confirman el veredicto popular. El obispo Hernán Frías afirma en 1952 con entera convicción que “Ivo Serge ha querido poner pinceladas divinas en su misión humana; con su ciencia de médico va sanando muchos cuerpos adoloridos y va cicatrizando las heridas de muchas almas con su bondad exquisita y con su poesía, tan sentida, tan sencilla y tan cristiana”. “La vida de él es Caridad –argumenta–. Y como fruto precioso de esa divina virtud que posee plenamente, por doquier reparte paz” (*Ibid.* 165).

Delante de Dios, monseñor Francisco de Borja Valenzuela confiesa que en sus cuarenta años de vida episcopal no ha tratado a ningún católico de la talla del doctor Rendic. El cardenal Carlos Oviedo lo propone como un ejemplo especialmente para las generaciones jóvenes.

Monseñor Patricio Infante indica que “fue un hombre de fe profunda que por vocación se entregó generosamente en amor a Dios sobre todo y al servicio sin reservas del prójimo necesitado” (*Ibid.* 31).

Y el actual arzobispo de Antofagasta, monseñor Pablo Lizama, abrió el proceso para beatificarlo hace ya un lustro, tomando en cuenta sus muchas virtudes, los testimonios de milagros que lo acompañan y su fama de santidad, que a veintidós años de su muerte se acrecienta por día. Su “canonización está dando sus primeros pasos y que esperamos llegue a buen fin” (*http://documentos.iglesia.cl/conf/documentos_sini.ficha.php?mod*

=documentos_sini&id=4243&sw_volver=yes&descripcion=), consignó el prelado con agradecimiento en el *Te Deum* que presidió en la catedral de Antofagasta el año recién pasado.

11. Ayúdeme usted compadre

En otro testimonio cercano, estampado en el libro de firmas, Marina Rosas señala: “De algo me recuerdo de usted, Dr. Algo que leí de todo lo que escribía y siempre lo seguí. Decía: ‘Cuando yo me vaya estaré contigo’” (Testimonios, 29-VII-10, p. 47).

Realmente lo dijo el doctor en vida y fue el poema suyo que se leyó en sus honras fúnebres: *cuando me vaya, no me iré del todo. Mi cuerpo bajará a la tierra y mi espíritu seguirá junto a los que amé y me amaron. En otra estrofa también predecía: estaré junto a mis semejantes atento siempre a sus dolores e inquietudes y dispuesto a servirlos y a consolarlos* (Armendáriz 33 y 36).

Una vez más, el médico de los pobres está cumpliendo con su palabra. El sigue ejerciendo la medicina en cuerpos y almas. Ya los enfermos no tienen que hacer fila junto a su domicilio y esperar su

turno. Ahora que el doctor está junto a Dios puede atender simultáneamente a todos. Tiene el don de la ubicuidad.

Y esto no es un modo poético de hablar, sino la más estricta y pura realidad teológica. Este médico antofagastino se halla muy cerca de los hombres –de cada uno de nosotros–, porque está con Dios y en Dios. Al contemplarlo, participa del conocimiento divino, mira las cosas como Él las ve, oye lo que le pedimos, comprende nuestras necesidades y puede seguir haciendo gala de su gran bondad de corazón, la propia de un padre.

Desde su pascua, don Antonio viene siendo un extraordinario mediador y quiere interceder en beneficio de muchas más personas. Por eso, dar a conocer su vida santa es un acto de misericordia para con las nuevas generaciones. Así lo hicieron los padres de S. Yaluf, según declara este hijo: “Doctorcito, no te conocía hasta que mis papás me hablaron de ti. Te doy gracias por la ayuda que me estás brindando para mejorarme de mi enfermedad y te pido que sigas dando fuerza a mi familia” (Testimonios, 6-VIII-10, p. 83).

Como dice otro testigo anónimo, “tenemos una deuda los antofagastinos con este médico, tan especial, tan bueno, tan santo. Trabajemos para que se concrete su santidad” (*Ibid.*, 9-VIII-10, p. 88).

La historia que quiso compartir Andrés Hinojosa Villablanca(,) avala la conveniencia de divulgar el ejemplo del médico de los pobres: “Mis más sinceras gracias a Don Antonio. En un momento de mi vida en que yo me sentía muy desesperado llegó a mis manos un libro que se llama *Antonio Rendic Ivanovic*. Me decidí a leerlo con mucha fe y humildad, y al ir conociendo su vida, obra y consejos que usted daba a diario, mi vida dio otro rumbo y pude pensar positivamente. Le doy gracias ya que me encuentro en Primer Año de Universidad estudiando Enfermería” (*Ibid.*, 4-VIII-10, p. 75).

Juan Pardo agrega, y pienso que interpreta el sentir de innumerables personas: “Gracias porque sabemos que nos sigue sanando a todos (Gracias compadre Antonio)” (*Ibid.*, 3-VIII-10, p. 68).

Me salta a la memoria, en fin, la invocación con que comienza esa bonita tonada *Chile lindo* –popularmente más conocida como *Ayúdeme usted compadre*–, de Clara Solovera. Su estribillo nos viene como anillo al dedo:

*Chile, Chile lindo,
cómo te querré,
que si por vos me pidieran,
la vida te la daré.*

*Chile, Chile lindo,
lindo como un sol,
aquí mesmito te dejo
hecho un copihue mi corazón*

(*Chile lindo* en <http://www.profesorenlinea.cl/biografias/SoloveraClara.htm>).

Esta letra resume la generosidad, el compadrazgo de don Antonio hacia su patria adoptiva, por amor a Dios y al prójimo. En especial, a los antofagastinos. Cuando en 1944 adquiere la nacionalidad chilena –a los cuarenta y siete años y a medio siglo de asentarse por estos lares–, el médico de los pobres confidencia con indisimulada satisfacción:

*Soy nortino, por cierto.
Mi tierra es este trozo de pampa milenaria
entre los Andes y el mar.
Soy minero y pampino,
¡qué orgulloso me siento!
Otro rincón como este no encontraréis jamás*

(Música de grillos, 1953)

(Armendáriz 43).

Voy a terminar con la oración de la estampa del Dr. Rendic, la que él rezaba diariamente y una noche de Navidad regaló a su familia, y que ahora repiten centenares de personas, para pedirle por sus necesidades espirituales y materiales.

*Gracias te doy, Señor, por existir,
Gracias te doy, Señor, por estar vivo
por el pan de cada día,
y la inefable alegría
de ser útil y servir.
Gracias por todo, por todos
y porque hiciste de mi corazón
un refugio de paz
y una fuente de amor.
Gracias te doy, Señor, por ver
quienes necesitan de mí... una sonrisa,
una palabra cariñosa o una oración.
Gracias, gracias, Señor...*

Gracias, Señor –nos permitimos agregar–, por la vida del santo compadrito Rendic, por su profundo amor a Jesús, a los más pobres y necesitados, a todos... Porque nunca sabía a quién tendía la mano. Le bastaba que fuera hombre para sentirlo hijo del mismo Padre, hermano suyo.

José Miguel Armendáriz Azcárate.

Departamento de Teología Universidad de los Andes.
josemiguelarmendariz@gmail.com

Bibliografía

1. Armendáriz Azcárate, José Miguel, *Médico de los pobres: Antonio Rendic Ivanovic*, Santiago, Ed. Patris, 2da edición, 1998.
2. *Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid, Asociación de Editores del Catecismo, 1994.
3. *Catecismo Romano*, traducción y notas de P. Pedro Martín Hernández, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), 1951.
4. *Nuevo Testamento*, Nácar y Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), 2002.
5. Escrivá de Balaguer, San Josemaría, *Amigos de Dios*, Madrid, Ed. Rialp, 2002.
6. Francisco, *Discurso a la Asamblea diocesana de Roma*, 17-VI-2013.
7. Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013.
8. *Homilía en Santa Marta*, 3-VII-2013.
9. Libro de testimonios sobre Antonio Rendic en la Catedral de Antofagasta, 2010.
10. Rendich Ivanovich, Antonio, *Abortos y anticoncepcionales*, Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de Chile, Imprenta I Encuadernación Estrella del Pacífico, Santiago, 1920.